

Prácticas Científicas y Procesos Sociales.

Susana Murillo

Capítulo I

Introducción: El conocimiento científico como práctica social.

Una manera de comprender el problema del conocimiento en general y el del conocimiento científico en particular, consiste en pensarlo como una práctica social. O mejor dicho como emergente de un conjunto de prácticas sociales.

A menudo se lo ha concebido como si fuese el producto de la acción individual de un sujeto que refleja como en un espejo el mundo exterior. Esta manera de acercarnos al conocimiento científico supone que los seres humanos somos fundamentalmente individuos aislados y que por otra parte podemos reflejar el “afuera” de modo más o menos adecuado.

Ésta es tal vez la manera cotidiana en que pensamos acerca de nosotros mismos. Así como solemos estar convencidos de que cada individuo puede elegir de modo absolutamente libre qué ver, leer, pensar, escuchar. Creencia que se expresa en la alocución cotidiana que dice que el oyente o el televidente “es libre de cambiar el dial o de canal”. Las investigaciones contemporáneas no avalan esa creencia y si bien los científicos sociales (sociólogos, psicólogos, economistas, historiadores), así como los filósofos no tienen una posición uniforme sobre estas cuestiones, hay algunas afirmaciones que podemos hacer con cierto grado de plausibilidad.

En primer lugar, no parece cierto que los seres humanos seamos ante todo individuos aislados, átomos que más tarde se unen para constituir eso que solemos llamar “sociedad”. Antes bien, lo fundante es la *relación social y sólo en ella el sujeto individual se constituye como tal*. Quiero decir, todo ser humano viene a este mundo en una familia que está inserta en un complejo plexo de relaciones con otros familiares y no familiares. Ese entramado relacional supone una historia y unos códigos culturales, que contemporáneamente suelen ser caracterizados como “orden simbólico”. El *orden simbólico* implica normas, modos de hacer y no hacer, códigos, costumbres, mitos, creencias, tipos de instituciones, entre otros aspectos de la *cultura humana*. Cultura que se transforma históricamente y que es variada, diversa aun en un mismo momento cronológico. Así un hombre del Amazonas, una mujer musulmana o una joven habitante de Buenos Aires tienen por ejemplo, en un mismo tiempo cronológico, visiones y códigos diversos respecto de las relaciones amorosas. Todas esas concepciones son producto de historias diversas, cada una de ellas sólo puede ser entendida al interior de su cultura, ninguna puede ser juzgada con los parámetros de otra. Esto contraría la idea de que habría países “civilizados” o “pueblos adelantados” en tanto otros serían “retrasados” o “bárbaros”. La única barbarie consiste en imponer al otro nuestras propias normas culturales.

Este tipo de análisis que pone énfasis en el valor de cada cultura y que desecha cualquier visión lineal y progresiva de la historia, si bien tiene antecedentes, cobró importancia a partir de mediados de siglo XX, cuando una serie de pueblos se levantaban contra viejas opresiones coloniales y en el campo de la historia del pensamiento cobraba relevancia una corriente denominada “estructuralismo”. Los representantes más conocidos de tal postura han sido Claude Levi Strauss (1908- 2009) en antropología, Michel Foucault (1926-1984) en filosofía, historia y sociología, Jacques Lacan (1901-1981) en psicoanálisis y Louis Althusser (1918- 1990) en el marxismo. También han sostenido y sostienen parecidas importantes intelectuales sociólogos y filósofos latinoamericanos actuales tales como el venezolano Edgardo Lander, el argentino Enrique Dussel y el peruano Aníbal Quijano entre otros.

Pero bueno... decimos esto para tratar de introducir la idea sencillamente expresada por Joan Manuel Serrat en una hermosa canción, en la cual se reconoce que venimos al mundo con una carga de lenguaje, dioses y creencias que no hemos elegido, sino que sencillamente nos encontramos con ella. En otras palabras: que somos a partir del conjunto de relaciones sociales en las que estamos insertos y que el mito de Robinson Crusoe,¹ esconde, entre otras cosas, el hecho de que el tal Robinson pudo sobrevivir en la isla pues

¹ *Robinson Crusoe* es una novela del escritor inglés Daniel Defoe, publicada en 1719. Es una autobiografía ficticia del protagonista, un náufrago inglés, que pasa veintiocho años en una remota isla tropical y logra sobrevivir. Robinson es un mito de la modernidad liberal: se trata de la ficción de que la fortuna o reveses de un individuo dependen solo de su inteligencia y esfuerzos personales.

llevaba tras de sí el bagaje de su propia cultura que había *incorporado*, se le había hecho carne, en prácticas sociales. En ese sentido claramente podemos afirmar con buena parte de la sociología y el psicoanálisis contemporáneo que la idea de “individuo” es una abstracción. Pensar al individuo aislado es un modo de separarlo de ese plexo de vínculos sin el cual no sería nada.

Un ejemplo sencillo podría iluminar la idea. Está probado que un bebé humano criado entre lobos puede sobrevivir, pero jamás podrá caminar y mucho menos hablar. ¿Por qué? Sencillamente porque no ha tenido un semejante humano con quien identificarse. Somos a partir de identificarnos con nuestros semejantes y nos convertimos en seres humanos cuando introducidos en nuestra cultura, incorporamos sus códigos fundamentales a partir de los cuales los otros se convierten en prójimos para nosotros.

Ahora bien, ¿qué se quiere decir cuando se afirma que los seres humanos emergemos de relaciones sociales? ¿Qué significa “relación social”? Se trata de relaciones entre seres humanos y relaciones de los seres humanos con las cosas, considerando que las relaciones de los hombres con las cosas están presentes, median en las relaciones entre los hombres. Quiero decir con esto que una relación social es siempre una articulación entre seres humanos, pero los humanos necesitamos para vivir, satisfacer una serie de necesidades (beber, comer, dormir, abrigarse). Para satisfacer estas necesidades los humanos necesitamos de las *cosas* (agua, arena, trigo, leche, algodón) de la *naturaleza* y del *trabajo* humano que las transforma y permite, a través de su actividad colectiva construir bienes (dispositivos de riego, computadoras, alimentos procesados, ropa) y todo aquello que sirve a las necesidades generadas a lo largo de la historia. No hay humanidad sin *cosas* que obtenidas de la naturaleza hayan sido procesadas por el trabajo humano colectivo en complejos y diversos modos de relacionarse para obtener aquello que se requiere para vivir. También debemos reflexionar acerca de si acaso toda relación social no es una relación política, en el sentido de que siempre implica una relación de fuerzas que no es necesariamente equilibrada sino desapareja, asimétrica.

Así entonces, tenemos hasta aquí que somos seres en relación con otros y que esa relación con otros está mediada por nuestro trato con las cosas. Que esas relaciones tienen una historia y una complejidad de la cual no podemos tener jamás un conocimiento acabado y que sin embargo pesa en nosotros. Somos entonces seres sociales que incorporan su cultura en prácticas que no son necesariamente armoniosas, sino que suponen relaciones de poder, pero de las cuales y de cuya historia jamás tenemos plena conciencia. En esa historia y en esas relaciones nos constituimos como individuos responsables, pero es necesario no perder de vista que esa individuación se produce siempre desde ese complejo de relaciones sociales. El conocimiento emerge en esas condiciones. El conocimiento humano supone así una enorme carga de *desconocimiento* que pesa en cada acto de conocer.

Ahora bien, si el conocimiento es un emergente de prácticas sociales que tienen además una carga histórica en la que está presente también un profundo proceso de desconocimiento, de aquí podemos inferir que mucho de lo que hoy damos como conocimiento “verdadero” o “indubitable” no lo haya sido siempre. Además permite pensar que hay diversas formas de conocimiento y que el conocimiento científico es sólo una forma más, él tiene una larga historia, pero lo que actualmente entendemos por tal tienen menos de quinientos años.

Es sobre algunos aspectos de la constitución histórica de esta forma de conocimiento sobre lo que vamos a transitar en este texto.

Si partimos del supuesto de que todo conocimiento es emergente de prácticas sociales y si esas prácticas varían históricamente, deberemos situarnos históricamente para comprender cómo se han constituido algunas de las disciplinas que llamamos hoy “ciencias”. Evitaremos hablar de “la ciencia” pues ello nos instalaría de entrada en una visión unificante del problema. Y esa visión es engañosa, a juicio de diversos historiadores de la ciencia y epistemólogos. Complejos son los meandros de la cultura humana. De modo análogo, diversas son las formas de abordar eso que se llama ciencia o conocimiento científico. Ahora bien, el problema es entonces: ¿cómo lo caracterizaremos?

Es un supuesto habitual, que es necesario partir de la definición de algo, para luego desplegar sus partes a través de un análisis. Este modo de exposición parece engañoso dado que supone que las cosas tienen un modo de ser estático: ignora que los fenómenos humanos, entre ellos el conocimiento científico, se constituyen en la historia. Por otra parte, tal modo de exponer un problema hace que quien escribe brinde sin aviso previo, su propia visión del problema y la imponga al lector. El pensamiento social y filosófico contemporáneo ha sostenido, no sin fundamento, que es imposible escribir sin tomar posición alguna. Todo

ser humano es alguien que está situado en el mundo y cuya razón tiene límites. De modo que es inevitable escribir desde una posición tomada.

En este caso trataremos de desplegar las características del llamado conocimiento científico en la modernidad abordándolo en varios niveles en cada capítulo: en primer lugar exponiendo algunas de sus *condiciones de posibilidad a nivel histórico*, algo que algunos epistemólogos llaman “*historia externa de la ciencia*”. En segundo lugar, expondremos algunos momentos fundantes en la constitución de las ciencias modernas, algo que ha sido denominado la “*historia interna de la ciencia*”, luego trataremos de esbozar su relación con la denominada “historia externa” y por último esbozaremos algunas construcciones metodológicas y epistemológicas² emergentes de tal situación.

Para comenzar sólo diremos que eso que se llama ciencia en la modernidad es una forma de conocimiento que tiene siempre un *método*, es decir un conjunto de reglas que tienen la misión de fundamentar aquello que se dice. En la vida cotidiana—especialmente en los ámbitos televisivos— existe el hábito de sostener o afirmar opiniones diversas sin necesidad de fundamentarlas o dando argumentaciones que suelen ser psicológicamente convincentes, pero que a poco que se las analice no se sostienen. Así es frecuente, en economía o en política, escuchar que un sujeto individual es caracterizado como la causa de algunos o todos los problemas que nos afligen. “La corrupción” (cual si ésta fuese un ser que camina entre nosotros) suele también ser invocada también como causa de problemas sociales. Muy frecuentemente lo es “la pobreza”. Y sin embargo estas afirmaciones son engañosas ficciones, a veces inconscientes a veces no, que congelan la compleja red de procesos sociales; ficciones que obturan la posibilidad de leer esos procesos y los *cosifican*. “Cosificar” significa precisamente eso: transformar un entramado complejo de relaciones que está en constante cambio, en una *cosa* o también decimos en una “substancia”. *Cosificar o substancializar* los procesos es no apreciar las relaciones y congelarlas atribuyéndolas a un individuo, a un ser fantasmal como la corrupción, o a un efecto de algo más complejo como la pobreza, etc.

El conocimiento científico en principio es una forma de conocer, entre otras, que debería fundamentar sus afirmaciones y que debería evitar substancializar los procesos (esto no significa que siempre lo logre, las condiciones de posibilidad del conocimiento humano son limitadas). Para ello debe utilizar un *método*. No obstante, aun cuando esto es objeto de debates, en estos capítulos nos guiará la idea sustentada por pensadores quienes a partir de una seria lectura de la historia de las ciencias parecen demostrar que no hay un *único método*.

Tampoco el conocimiento científico, en el sentido moderno del término, es un conocimiento verdadero o indubitable, es sólo una forma de conocer que aspira a ser fundada a través de un método que puede ser compartido por otros seres humanos que conozcan el método utilizado así como el significado del *lenguaje* utilizado. En ese sentido, suele afirmarse que el conocimiento científico es *público* (Bunge, 1960), aunque como veremos, esta última característica tiene sus limitaciones. El conocimiento científico es una forma de conocer que sabe que tiene límites y que debe autocriticarse siempre, en ese sentido es un saber *crítico* (o debiera serlo). ¿Pero por qué esa necesidad de fundamentación? ¿Por qué ese afán de autocrítica? Para responder a estas preguntas debemos internarnos en algunas de las condiciones históricas que hicieron que esta práctica social surgiera.

² Suele entenderse por “método” un conjunto de reglas que conforman el modo de acercarse al conocimiento de los objetos que cada ciencia desea abordar (el cuerpo humano, los fenómenos, químicos o físicos, las relaciones sociales en un momento histórico, etc). La palabra “epistemología” alude a una disciplina filosófica que estudia el conocimiento científico y sus métodos. Sobre estos términos volveremos, tratando de mostrar cómo ellos van surgiendo en la llamada modernidad, pues entendemos que *es imposible comprender un concepto si no se ve su construcción paulatina a través de la historia*.